

# Claudio Bertoni: en la cima de la desesperación

Singular la poesía de Bertoni. Difícil ligarla a alguna tradición conocida. Claro, ecos hay. Pero hay que buscarlos con lupa y, aún así, son siempre acomodaticios. Poesía confesional y rabiosa, la de este artista plástico y fotógrafo se eleva como una de las voces más personales e intensas—la que más crudamente escarba en la propia herida—de la actual poesía chilena.

Su último libro, *Una carta* (Editorial Cuarto Propio) es, como idea central, precisamente una epístola compuesta de poemas de distinta extensión, dedicados a una mujer. Si su anterior libro, *De vez en cuando*, es un grito díscolo y acerado, con un vivo rencor—forjado con la distancia que brinda el humor—por la mujer que lo ha dejado, en este, su último

**Si se trata de aproximaciones literarias, en su poesía se percibe la huella del desencanto brutal de Rodrigo Lira, la resignada y luminosa angustia de Cioran, la incesante búsqueda del amor total (en el devenir de su ausencia) de los románticos.**

texto, persiste la aflicción pero filtrado por la resignación que concede el tiempo. Esto le confiere un carácter menos arrebatado y focalizado en el objeto mujer, mudándose en poesía de rasgos más metafísicos y delirantes. Bertoni extiende el desconsuelo a través de la palabra poética como si fueran raíces contaminadas de inquietante lucidez, que brotan y crecen desde el fondo de la conciencia,



Claudio Bertoni

tiñendo al mundo y sus relaciones. Algo de este cambio se revela acá: “No he podido saltar sobre una sola mujer/ todas me han noqueado. Vivo arrodillado/ No importa que las mire/ toque/ o penetre/ Vivo arrodillado (de *De vez en cuando*). Y este otro fragmento del libro *Una carta*: “Me arrodillo y me acuesto para salir propulsado violentamente hacia atrás, pq que habiéndome subido

a este plan de plataforma en forma de carta, he sobrepasado, he superado mi anterior experiencia y por eso digo que ya no me acuesto y arrodillo cuando me acuesto y me arrodillo, me muerdo en el testuz como un gato y me rescato. *He sobrevivido*”. Este Bertoni, amante desolado, amante desesperado, tropezando incesantemente con la misma piedra, ellas, la grandes ausentes que en su partida dejan sólo el señuelo, la pista desquiciada de lo imposible. Al leer su obra, como bien dice Roberto Merino en el prólogo del libro, nos damos cuenta de que su poesía “no se trata de tangueros engominados ni boleristas al acecho, se trata simplemente de hombres sensibles a las emociones del amor e incapaces de asimilar las del poder”.